

siones, en camisa, con un chal sobre sus blancos hombros, y los piés descalzos.

— Papá, te oigo: ¡lloras! decía ella, llorando también.

Birotteau estaba poseído de tal embrutecimiento después de escribir la carta en que pedía una conferencia al ilustre Francisco Keller, que su hija, para distraerle, le llevó á través de París. Hasta entonces no había visto en las calles los grandes carteles rojos, en los que pudo leer estas palabras: ACEITE CEFÁLICO.

Mientras la *Reina de las rosas* estaba amenazada de un desastre, la casa A. Popinot se levantaba radiante entre los fulgores del éxito. Aconsejado por Gaudissart y por Finot, Anselmo había lanzado su aceite con audacia. Dos mil carteles habían sido colocados durante tres días en los parajes más visibles de París. Nadie podía evitar un encuentro, cara á cara, con el *aceite cefálico*, ni prescindir de leer una frase concisa inventada por Finot, sobre la imposibilidad de hacer salir el pelo y sobre el peligro de teñirlo, acompañada del extracto de la Memoria leída en la Academia de Ciencias por Vauquelin; un verdadero certificado de vida para los cabellos muertos, prometido á los que usaran el *aceite cefálico*. Todas las peñadoras de París, los peluqueros, los perfumistas, habían adornado sus puertas con cuadros dorados, conteniendo un bonito impreso, en papel vitela, á la cabeza del cual estaba el grabado de *Hero y Leandro*, reducido, con esta afirmación en forma de epígrafe: *Los clásicos*

*pueblos de la antigüedad conservaban sus cabelleras con el empleo del ACEITE CEFÁLICO.*

— ¡Ha inventado los cuadros permanentes, el anuncio eterno! se dijo Birotteau, que permaneció estupefacto mirando al escaparate de *La Campana de plata*.

— ¿No has visto en tu misma casa, le dijo su hija, un cuadro que Anselmo llevó, al tiempo que enviaba á Celestino trescientas botellas de aceite?

— No, contestó él.

— ¡Celestino ha vendido ya cincuenta á los transeúntes y sesenta á los parroquianos!

— ¡Ah! dijo César.

El perfumista, aturdido por las mil campanas que la miseria tañe al oído de las víctimas, vivía en un movimiento vertiginoso; la vispera, Popinot le había esperado más de una hora, yéndose al fin después de hablar con Constanza y Cesarina, las cuales le dijeron que César estaba absorbido por su gran negocio.

— ¡Ah, sí; el negocio de los terrenos!

Felizmente, Popinot, que no se había movido en un mes de la calle de Cinco-Diamantes, no saliendo de noche y trabajando los domingos en la fábrica, no había visto, ni á los Ragon, ni á Piltreault, ni á su tío el juez. ¡No dormía más que dos horas, el pobre muchacho! No tenía más que dos dependientes, y, al paso que iban las cosas, bien pronto necesitaría cuatro. En el comercio, la ocasión es todo.

Quien no apunta bien al éxito, agarrándose á las crines, no hace fortuna. Popinot pensaba que se-

ría bien recibido por sus tíos cuando, al cabo de seis meses, les dijera: « Ya estoy salvado; hice mi fortuna »; bien recibido por Birotteau cuando le llevase treinta ó cuarenta mil francos de su participación, ganancias del primer semestre. Ignoraba la fuga de Roguin, los desastres y la mortificación de César; no pudo escapársele ninguna palabra indiscreta hablando con la señora Birotteau. Popinot prometió á Finot quinientos francos por los anuncios en periódicos de gran circulación, ¡y tenía diez! trescientos francos por los de segunda fila, ¡y tenía otros diez! con el compromiso de hablar en cada uno tres veces al mes del *aceite cefálico*. Finot entrevió tres mil francos para él, en esos ocho mil francos, ¡ su primera jugada en el inmenso tapete verde de la especulación! Se había lanzado como un león sobre sus amistades, sobre sus relaciones: habitaba en los domicilios de los periódicos; se deslizaba todas las mañanas en las alcobas de los periodistas, y por la noche recorría los *foyers* de todos los teatros. « ¡ Piensa en mi aceite, mi querido amigo; no es cosa mía, pero le interesa mucho á un camarada, ¡ ya le conoces, ya lo sabes! Gaudissart, buena persona. » Tal era la primera y última frase de todos sus discursos. Asaltaba todos los finales de columna de los periódicos, en los cuales articulaba, dando á ganar dinero á los redactores. Asututo como un comparsa que quiere llegar á ser actor, vivo como un cagatintas que gana sesenta francos al mes: escribía cartas capciosas, lisonjeaba todas las vanidades, prestaba inmundos servicios á

los redactores jefes, á fin de que le publicaran sus artículos. Dinero, comidas, bajezas, todo ayudaba su febril actividad. Sobornaba con entradas de teatros á los obreros que, hacia media noche, completaban las columnas de los periódicos eligiendo algún suelto de los preparados como *recursos*, para llenar los finales de columna, en la confección de las planas. Finot se hallaba entonces en la imprenta, ocupado como si tuviere que corregir un artículo. Amigo de todo el mundo, hizo triunfar el *aceite cefálico* sobre la *pasta de Regnault*, la *mixtura brasileña*, y todas las invenciones que tuvieron el acierto de comprender la influencia del periodismo y el efecto producido en el público por la constante repetición del mismo asunto. En aquel tiempo de inocencia, muchos periodistas eran como bueyes; ignoraban su fuerza; se ocupaban de actrices, de Florina, de Tulia, de Marieta, etc. Lo podían todo, y no alcanzaban nada. Las pretensiones de Andoquío no se limitaban á ganar aplausos para una actriz, ni á conseguir la representación de una obra, ni á cobrar artículos; al contrario, ofrecía dinero cuando era necesario y oportunamente un almuerzo: no hubo, pues, un periódico que no hablara del *aceite cefálico*, de su concordancia con los análisis de Vauquelin, que no se burlara de los que creen que se puede hacer salir el pelo y que no proclamase el peligro de teñirlo.

Esos artículos regocijaban el alma de Gaudissart, que provisto de periódicos para destruir las preocupaciones, hacía en las provincias lo que después los

especuladores han llamado *cargas á rienda suelta*. Entonces los periódicos de París dominaban en los departamentos, *todavía sin órganos*, ¡desgraciados! Los periódicos eran seriamente leídos, desde la cabecera hasta el pie de imprenta: buscaba el suscriptor los rincones en que podían ocultarse las ironías de la opinión perseguida. Gaudissart, apoyado en la prensa, obtuvo brillante resultado en las primeras ciudades donde hizo propaganda. Todos los tenderos de provincias querían cuadros é impresos con el grabado de *Hero y Leandro*. Finot dirigió contra el *aceite de Macassar* una encantadora burla que hacía reír mucho en los Funámbulos, cuando Pierrot, cogiendo un viejo cepillo de cerda, enteramente pelada, echaba en el *aceite de Macassar*, consiguiendo así repentinamente que se volviese nuevo y lucido. Esta escena irónica excitaba una risa general. Más tarde, Finot contaba alegremente que sin los cinco mil francos así ganados, se hubiera muerto de miseria y dolor. Para él, cinco mil francos eran una fortuna. En esa campaña, adivinó, antes que nadie, el poder del anuncio, del que hizo tan completo y tan atinado uso. A los tres meses era redactor en jefe de un periodiquito, que luego compró, y que fué la base de su fortuna. Como la *carga á rienda suelta* del ilustre Gaudissart, el Murat de los comisionistas, hizo triunfar comercialmente la casa A. Popinot: en provincias y más allá de las fronteras, triunfaba también en la opinión, gracias al famélico asalto dado á los periódicos, produciendo la viva publicidad, igualmente obtenida por la *mix-*

*tura brasileña* y por la *pasta de Regnault*. Al principio este asalto á la opinión pública produjo tres éxitos, tres fortunas, y fué origen de la invasión de mil ambiciones, verdaderos ejércitos que al abordar el campo de los periódicos, donde crearon el anuncio pagado, hicieron en la prensa una revolución. En aquel momento, la casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA se ostentaba en todas las paredes y en todos los escaparates. Incapaz de apreciar la importancia de semejante publicidad, Birotteau se contentó con decir á Cesarina: « Popinot sigue mis pasos »; sin comprender la diferencia de unos tiempos á otros, sin apreciar el poder de los nuevos medios de ejecución, cuya rapidez y extensión abarcaban más prontamente que antes el mundo comercial. Birotteau no había puesto los pies en su fábrica después del baile; ignoraba el movimiento y actividad que Popinot había desplegado. Anselmo no dejaba descansar á los obreros de Birotteau; hasta dormía en la fábrica; imaginando á Cesarina sentada sobre las cajas, recostada sobre todas las expediciones, impresa en todas las facturas, se decía: « ¡Será mi mujer! » cuando, en mangas de camisa y arremangado hasta los codos, clavaba con brío una caja, porque sus dependientes habían salido á cumplir urgentes encargos.

Al día siguiente, después de haber calculado durante toda la noche cuanto debía decir y callar á uno de los más notables hombres de la alta banca, César llegó á la calle Houssaye, y no abordó sin horribles palpitaciones el hotel del banquero liberal,

que pertenecía á esa opinión justamente acusada de querer el destronamiento de los Borbones. El perfumista, como todas las gentes del comercio de tienda parisién, desconocía las costumbres y los hombres de la alta banca. En París, entre los banqueros y el comercio, hay casas intermedias útiles á la banca, porque le ofrecen una garantía más. Constanza y Birotteau, que no se habían extralimitado nunca, cuya caja no estuvo nunca vacía y que guardaban sus valores en cartera, no habiendo tenido que recurrir jamás á esas casas intermediarias, eran con mayor razón desconocidos en las altas regiones de la banca. Acaso es una falta no abrirse un crédito, aun cuando no sea necesario recurrir á él; las opiniones están divididas sobre este punto. Sea de ello lo que fuere, Birotteau sentía no haber puesto en circulación su firma. Pero conocido como teniente alcalde y como hombre político, creyó suficiente anunciarse para entrar; ignoraba la afluencia casi regia que distinguía la audiencia de aquel banquero. Introducido en el salón que precedía al despacho del hombre célebre por tantos títulos, Birotteau se vió entre una concurrencia numerosa compuesta de diputados, escritores, periodistas, agentes de cambio, poderosos comerciantes, agentes de negocios, ingenieros, sobre todo los íntimos de la casa, que atravesaban los grupos y llamaban de un modo particular á la puerta del despacho, donde entraban sin ceremonia.

« ¿Qué soy yo en medio de esta máquina? » se dijo Birotteau, enteramente aturdido por el movi-

miento de aquella fragua intelectual donde se cocía el pan cotidiano de la oposición, y donde se ensayaban los papeles de la gran tragicomedia representada por esta.

Oía discutir á su derecha la cuestión del empréstito, para la terminación de las principales líneas de canales, propuesto por la dirección de puentes y calzadas, ¡y se trataba de millones! A su izquierda, los periodistas á la husma del amor propio del banquero, se ocupaban de la sesión del día anterior y de las improvisaciones del personaje. Durante dos horas de espera, Birotteau vió tres veces al banquero político, acompañando hasta la antesala de su despacho á hombres de importancia. Francisco Keller estuvo mucho más atento con el último: era el general Foy.

« ¡Estoy perdido! » se dijo Birotteau, cuyo corazón se ahogaba.

Cuando el banquero volvía á su despacho, la muchedumbre de cortesanos, de amigos, de interesados, le asaltaban como perros que persiguen á una bonita perra. Algunos atrevidos gozquecillos se deslizaban, contra la voluntad del dueño, en el santuario. Las conferencias duraban cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora. Unos salían disgustados, otros se mostraban satisfechos, tomando actitudes de gentes importantes. El tiempo pasaba; Birotteau miraba con ansiedad el reloj. Nadie prestaba la menor atención á aquel dolor oculto que gemía sobre un sillón dorado junto á la chimenea, á la puerta de aquel despacho donde residía la pa-

nacea universal: ¡el crédito! César pensaba dolorosamente que también había sido un momento rey en su casa, como aquel hombre lo era todas las mañanas, y media la profundidad del abismo en que había caído. ¡Amargo pensamiento! ¡Cuántas lágrimas devoradas durante la hora pasada allí!... ¡Cuántas veces Birotteau suplicaba á Dios para que aquel hombre se le mostrase favorable! porque había descubierto en él, bajo una burda envoltura de hombría de bien vulgar, una insolencia, una tiranía colérica, un brutal deseo de dominar, que espantaba su alma dulce. En fin, al quedar solamente diez ó doce personas, Birotteau estaba resuelto, á erguirse, aprovechando la ocasión cuando alguien abriese la puerta, poniéndose al nivel del gran orador y diciéndole: « ¡ Soy Birotteau! » El granadero que se lanzó el primero al reducto de la Moskowa no necesitó más ánimos de los que el perfumista acumuló para realizar aquella maniobra.

— Después de todo, yo soy su teniente alcalde, dijo, levantándose para anunciar su nombre.

La fisonomía de Francisco Keller se mostró insinuante; quiso evidentemente ser amable, miró el botón rojo del perfumista, se hizo atrás, abrió la puerta de su despacho, le mostró el camino, y se detuvo durante algún tiempo hablando con dos personas que se abalanzaron desde la escalera con la violencia de una tromba.

— Decazes quiere hablaros, dijo uno de ellos.

— Se trata de anular el grupo de Marsay; el

rey ve claro; se pone de nuestra parte, añadió el otro.

— Iremos juntos á la Cámara, dijo el banquero volviéndose con las actitudes de la rana que quiere imitar al buey.

« ¿Cómo puede pensar en sus negocios? » se preguntó Birotteau por completo trastornado.

El sol de la superioridad centelleaba, deslumbrando al perfumista, como un vivo resplandor ciega á los insectos que necesitan una media luz ó la penumbra de una hermosa noche. Sobre una inmensa mesa vió los presupuestos, muchos impresos de la Cámara, los volúmenes del *Moniteur* abiertos, consultados y señalados para arrojar á la cara de un ministro sus anteriores palabras olvidadas y hacerle cantar la palinodia entre los aplausos de una muchedumbre necia, incapaz de comprender que los acontecimientos lo modifican todo. Sobre otra mesa, carpetas amontonadas, las memorias, los proyectos, las mil noticias confiadas á un hombre, de cuya caja todas las industrias nacientes pretenden sacar algo. El lujo real de aquel despacho lleno de cuadros, estatuas, obras de arte; sobre la chimenea, revueltos los intereses nacionales y los extranjeros, tirados allí como fardos; todo chocaba á Birotteau, le empequeñecía, aumentaba su terror y le helaba la sangre. Sobre el bufete de Francisco Keller aparecían fajos de valores, letras de cambio, circulares comerciales.

Keller se sentó, firmando rápidamente las cartas que no exigían ningún examen.

— Caballero, ¿á qué debo la honra de recibir vuestra visita? le dijo.

A esas palabras pronunciadas para él solo por aquella voz que hablaba á Europa entera, mientras la mano codiciosa corría sobre el papel, el pobre perfumista sintió la impresión que le produciría un hierro enrojecido que se la aplicara en el vientre. Acentuó una expresión complaciente que el banquero durante diez años había observado en todos los que pretendían envolverle en un negocio importante para ellos solos, y que ya le ponía en guardia el asunto contra lo que le iban á proponer. Francisco Keller lanzó, pues, á César una mirada que le traspasó la cabeza, una mirada napoleónica. La imitación de la mirada de Napoleón era una inocente manía que se permitían entonces algunos advenedizos, los cuales nunca tuvieron que ver nada con su emperador. Aquella mirada cayó sobre Birotteau, hombre de la derecha, secretario del poder, elemento de elección monárquica, como un plomo de aduana que marca una mercancía.

— Señor, no quiero abusar de vuestro tiempo, seré breve. Vengo para un negocio puramente comercial, á preguntaros si puedo obtener un crédito en vuestra casa. Antiguo juez en el Tribunal de comercio y conocido en el Banco, comprenderéis que, si tuviese muchos valores en cartera me bastaría dirigirme allí, donde sois consejero. He tenido el honor de sentarme en el tribunal junto al señor barón Thibon, jefe del comité de descuentos, y seguramente no me rechazaría. Pero no he usado nunca de mi crédito ni de mi firma; mi firma está virgen,

y ya sabéis cuántas dificultades presenta una negociación, si...

Keller meneó la cabeza, y Birotteau creyó que aquello era un movimiento de impaciencia.

— Señor, he aquí el caso, prosiguió. Me he comprometido en un negocio territorial, ajeno á mi comercio...

Francisco Keller, que seguía firmando y leyendo sin apariencia de escuchar á César, levantó la cabeza con un gesto de adhesión que le animó. Birotteau, creyendo encarrilado su negocio, respiró.

— Seguid, ya os escucho, le dijo Keller con benevolencia.

— Soy comprador por mitad de los terrenos situados alrededor de la Magdalena.

— Sí, he oído hablar en casa de Nucingen de ese gran negocio emprendido por la casa Claparon.

— Pues bien, prosiguió el perfumista, un crédito de cien mil francos, garantido por mi participación en ese negocio, ó por mis propiedades comerciales, bastaría para sostenerme hasta el momento de realizar beneficios que debe darme pronto y seguramente una invención de pura perfumería. Si fuera necesario, os garantizaría con valores de un comercio, la casa Popinot, una casa naciente que...

Keller pareció preocuparse muy poco de la casa Popinot, y Birotteau, comprendiendo que andaba descaminado, se detuvo; después, asustándose del silencio, prosiguió:

— En cuanto á los intereses, nosotros...

— Sí, sí, dijo el banquero; la cosa puede arre-

glarse, no dudéis de mi deseo de complaceros. Atareado como estoy, tengo los negocios europeos entre manos, y la Cámara me ocupa mucho tiempo; no os extrañaréis al saber que hago estudiar una porción de asuntos en mis oficinas. Id abajo y ved á mi hermano Adolfo; explicadle la naturaleza de vuestras garantías; si él aprueba la operación, volveréis con él mañana ó pasado mañana, á la hora en que yo examino con detenimiento los negocios, á las cinco de la mañana. Nos complacerá mucho haber obtenido vuestra confianza; sois uno de esos realistas consecuentes de los cuales se puede ser enemigo político, pero cuya estimación halaga.

— Señor, dijo el perfumista exaltado por aquella frase de tribuna, soy tan digno del honor que me hacéis, como del insigne favor real... Lo he merecido sentándome en el Tribunal consular y peleando...

— Sí, replicó el banquero; la reputación de que gozáis es un pasaporte, señor Birotteau. Si nos proponéis negocios factibles, contad con nuestra ayuda.

Una mujer, la señora Keller, una de las dos hijas del conde de Gondreville, par de Francia, abrió una puerta que Birotteau no había visto.

— Amigo mío, espero verte antes de la sesión, dijo.

— Son las dos, exclamó el banquero; la lucha está entablada. Excusadme, señor; se trata de derribar un ministerio... Avistáos con mi hermano.

Acompañó al perfumista hasta la puerta del salón, y dijo á uno de los criados:

— Este caballero necesita ver al señorito Adolfo.

A través del laberinto de escaleras, por donde le guiaba un hombre con librea hacia un despacho menos suntuoso que el del jefe de la casa, pero mejor dispuesto para el trabajo, el perfumista, cabalgando en un *sí*, la más dulce cabalgadura de la esperanza, se acariciaba la barba, pareciéndole de buen agüero las lisonjas del hombre célebre. Sentía que un enemigo de los Borbones fuese tan bondadoso, tan inteligente, tan insigne orador.

Con estas ilusiones, entró en un despacho desmantelado, frío, amueblado con dos bufetes y con mequinos sillones, adornado con cortinas viejas y una pobre alfombra. Aquel despacho era, comparado con el otro, lo que una cocina es al comedor y la fábrica á la tienda. Allí se desentrañaban los negocios de banca y de comercio, se analizaban las empresas y se conseguían los descuentos de la banca sobre todos los beneficios de las industrias consideradas aprovechables. Allí se combinaban aquellos golpes audaces por los cuales los Keller se distinguieron en el más elevado comercio, allí se creaba, durante algunos días, un monopolio rápidamente explotado. Allí se estudiaban las deficiencias de la legislación y se estipulaba sin reparo lo que se llama en la Bolsa *las raciones del glotón*, comisiones exigidas por los menores servicios, como apoyar una empresa con su nombre y acreditarla. Allí se urdían esos engaños con apariencias de legalidad, que consisten en figurar en comandita, sin compromiso, para empresas dudosas, con objeto de esperar el resultado y de imposibilitarlas pidiendo el capital en un

momento crítico: horrible maniobra de la cual fueron víctimas tantos accionistas.

Los dos hermanos se habían repartido sus papeles. Arriba, Francisco, hombre brillante y político, se conducía como un rey, distribuyendo favores y promesas, haciéndose agradable á todos. Con él todo era fácil; planteaba noblemente los negocios, embriagaba á los novatos inocentes y á los especuladores sin experiencia con el vino de su bondad, con su fascinadora palabra, desarrollando las ideas que se ofrecían. Abajo, Adolfo excusaba á su hermano con sus preocupaciones políticas, y pasaba hábilmente el rastrillo sobre el tapete; él era el socio comprometido, el hombre difícil. Se necesitaba, pues, obtener dos aprobaciones para concluir un negocio con esa pérfida casa. Muchas veces, el agradable *si* del despacho suntuoso se convertía en un seco *no* en el despacho de Adolfo. Esa doble maniobra daba lugar á la reflexión y servía con frecuencia para divertir á inhábiles concurrentes. El hermano del banquero hablaba en aquel momento con el famoso Palma, consejero íntimo de la casa Keller, que se retiró al llegar el perfumista. Cuando Birotteau se hubo explicado, Adolfo, el más listo de los dos Keller, un verdadero lince, de ojos penetrantes, labios delgados, tez áspera, lanzó sobre Birotteau, por encima de sus anteojos y bajando la cabeza, una mirada, que debe llamarse la mirada del banquero, y que tiene algo de la de los buitres y de los escribanos: ávida é indiferente, clara y oscura, brillante y sombría.

— Servíos enviarme los documentos referentes al negocio de la Magdalena, dijo; en eso se apoya la garantía de la cuenta; es menester examinarlos antes de abrir crédito y discutir los intereses. Si el negocio es bueno, podríamos, para no seros gravosos, contentarnos con una parte de los beneficios en lugar de un descuento.

« Vamos, se dijo Birotteau al volver á su casa, ya veo de lo que se trata. Como el castor perseguido, debo desprenderme de una parte de mi piel. Es mejor dejarse esquilmar que morir. »

Subió aquel día á su casa muy risueño, y su alegría fué sincera.

— Estoy salvado, dijo á Cesarina; me abrirán un crédito en casa de los Keller.

Hasta el 29 de diciembre Birotteau no pudo verse de nuevo en el despacho de Adolfo Keller. La primera vez que el perfumista volvió, Adolfo había ido á seis leguas de París á ver un terreno que el gran orador quería comprar. La segunda vez, los dos Keller estaban ocupados en sus negocios por toda la mañana; se trataba de cubrir un empréstito propuesto á las Cámaras; suplicaron al señor Birotteau que volviese al viernes siguiente. Estas dilaciones asesinaban al perfumista. Pero al fin el viernes llegó. Birotteau se hallaba en el despacho, sentado junto á la chimenea, recibiendo la luz de la ventana, y Adolfo Keller al otro lado.

— Está bien, señor, le dijo el banquero mostrando los documentos; pero ¿qué habéis pagado del precio de los terrenos?

— Ciento cuarenta mil francos.

— ¿En dinero?

— En valores.

— ¿Recogidos ya?

— No han vencido aún.

— Pero si habéis pagado los terrenos más de lo que valen, con relación á su valor actual, ¿dónde afianzar nuestra garantía? Solo puede apoyarse en vuestra buena fama y en la consideración de que gazáis. Los negocios no pueden edificarse con esos cimientos. Si hubiérais pagado doscientos mil francos, aun suponiendo que hubiéseis dado cien mil francos de más para conseguir que os vendiesen los terrenos, tendríamos una garantía de cien mil francos para responder de los cien mil francos descontados. El resultado para nosotros sería quedar como propietarios de vuestra parte pagando en vuestro lugar; es necesario para esto saber si el negocio vale la pena. Esperar cinco años para doblar el dinero, es menos ventajoso que negociar el dinero en asuntos de banca. ¡Hay tantos contratiempos! Queréis poner vuestra firma en circulación para recoger vuestra firma vencida, ¡maniobra peligrosa! Echarse atrás para saltar mejor. El negocio no nos conviene.

Esta frase hirió á Birotteau como si el verdugo le hubiese aplicado á la espalda el hierro enrojado; se desvaneció.

— Veamos, dijo Adolfo; mi hermano se interesa mucho por vos; me habla mucho de vos. Examinemos vuestros negocios, añadió, lanzando al perfu-

mista una mirada de cortesana que necesita concluir pronto su trato.

Birotteau se parecía entonces á Molineux, del que se había burlado tanto. Entretenido por el banquero, que se complacía en devanar la madeja de pensamientos de aquel pobre hombre, y que sabía interrogar á un comerciante, como el juez Popinot son-sacar á un criminal, César refirió sus empresas; sacó á relucir la *doble pasta de las sultanas*, el *agua carminativa*, el asunto Roguin, su pleito, á propósito del préstamo hipotecario que no había recibido.

Viendo la expresión sonriente y reflexiva de Keller y sus movimientos de cabeza, Birotteau se decía: « Me escucha, le intereso, tendré un crédito. »

Adolfo Keller se reía de Birotteau, como el perfumista se había reído de Molineux. Arrastrado por la locuacidad particular de las gentes que se dejan embriagar por la desgracia, César mostró al verdadero Birotteau; dió la medida de sus alcances, proponiendo como garantía el *aceite cefálico* y la casa Popinot, su último recurso. El hombre, arrastrado por una engañosa esperanza, se dejó sondear, examinar por Adolfo Keller, que reconoció en él un majadero realista abocado á la quiebra. Contento de ver en tal situación al teniente alcalde de su distrito, á un hombre condecorado recientemente, á un adicto del gobierno, Adolfo dijo entonces claramente á Birotteau que ni podía abrirle crédito ni decirle nada en su favor á su hermano Francisco, el gran orador. Si Francisco se abandonara á imbéciles generosidades, socorriendo á gentes de opinión contraria